

Y la muerte no tendrá dominio

ROCÍO SILVA SANTISTEBAN

Un verso de Dylan Thomas es tachado: se inicia el recorrido hacia el terreno sagrado del cuerpo de la madre, ese lugar al que nunca más vamos a volver. Ese es el origen y el *leit motiv* de *Y la muerte no tendrá dominio* (2019), el último libro de Victoria Guerrero que es una mezcla de autobiografía, narrativa surrealista, poesía, confesión sincera y no-sincera, ensayo sobre la muerte y el duelo, y tanteos del lenguaje avanzando a tientas. «Para que yo pudiera dar a luz a mi madre, ella ha tenido que morir» (p. 11), dice la voz poética. Y eso es cierto: para que la escritora, la autora, «quien firma estas líneas», pueda atravesar la palabra prohibida y entrar de regreso en el cuerpo simbólico de la madre, es imprescindible, que el otro cuerpo no exista: sea ceniza. Y es que, como sostiene la psicoanalista belga Luce Irigaray, en nuestra cultura la ley del padre prohíbe el cuerpo a cuerpo con la madre.

El cuerpo de la madre del yo de este texto, una poeta, una hija, agoniza en un hospital del Seguro Social —nombrado SS como las tropas de Adolfo Hitler— y la muchedumbre de blancos, celestes y verdes que son los uniformes del personal sanitario, indiferentes ante el dolor de las familias, solo atinan a enchufar sus celulares donde las máquinas que producen la vida han dejado de operar. El lugar de la indiferencia tiene su lenguaje y los operadores del hospital, tanto enfermeras y médicos residentes que no saben nada, se refieren a los pacientes agónicos con el eufemismo «se van a definir» y con metáforas futbolísticas que la poeta, con el escalpelo del lenguaje, desinfla en la última página. El hospital que es un barco a punto de encallar —como lo había imaginado el poeta Pablo Guevara—, para la poeta es un laberinto apodado La Bestia, donde un minotauro se alimenta de los cuerpos reducidos a formularios.

Bajo estas ideas, *Y la muerte no tendrá dominio* es una anti-elegía: la madre habla, en los recuerdos de la hija, y sus palabras son banales, crueles, duras, absurdas. La madre no se presenta como un recuerdo nostálgico, sino como una presencia imperiosa que acuchilla, doblega, blasfema, pero... al mismo tiempo, es un cuerpo vulnerable que atraviesa los



Y la muerte no tendrá dominio

Victoria Guerrero

Fondo de Cultura Económica

Lima, 2019

76 pp.

laberintos de la pobreza de la sanidad pública. Un cadáver en potencia, como diría el filósofo Emile Cioran. El recorrido del cuerpo desde la salida de la casa del padre —el padre de la madre— hasta el momento en que yace debajo de una sábana en la cama del hospital, sin querer ser observado por la hija, y de ahí al crematorio, y luego solo cenizas: todo el recorrido es doloroso, pero racional, tremendamente racional para distanciarse de ese odio, de ese vacío, de ese lugar al que no se va a volver y que ahora está reducido a la nada. La anti-elegía cierra su ciclo con las confesiones y abre otro inmenso signo de interrogación con la historia paralela.

Junto con la historia principal hay otra paralela: la poeta, en otro país —Alemania del Este, al parecer— se encuentra con una coneja que ha tenido una conejita: ¿es una metáfora o es una fábula? Ella, como poeta, no puede evitar acompañar a la conejita a buscar a su padre, un vago de pelo largo, a quien

encuentra en una estación de metro a las seis de la mañana, borracho y dormido. La historia es surreal y absurda, la poeta protagonista bautiza a la coneja madre como La Celadora y a la «bebé» como La Estremecida, quien está a punto de morir, seca, agónica, como la madre.

La prosa poética de ambas secuencias es descarnada y brutal: avanzar poco a poco en este texto implica adentrarnos en confesiones que, a veces, no sabemos si queremos escuchar o leer. ¿Quién engendra con odio muere indiferente? En un país donde los niños y las niñas muchas veces han sido engendrados por venganza o rencor —la poeta nos lo recuerda con una referencia a las mujeres violadas por los militares durante el conflicto armado en las comunidades de Manta y Vilca, en Huancavelica— es usual que la vida y la muerte se entrevieran, no solo con la burocracia hospitalaria, sino con la evasiva de los amigos, de los vecinos y de nosotros, nosotras, lectores y lectoras.

De esa manera, el libro nos recuerda, por su prosa destajada, a ese portento de la literatura peruana que es *¿Por qué hacen tanto ruido?* (1992) de Carmen Ollé, en tanto reflexiones in situ, en el momento mismo, y pensamientos que se articulan poco a poco alrededor de un único tema: el amor inenarrable. En el caso de Ollé, al poeta-marido; en el caso de Guerrero, al conejo-madre.

Hace muchos años escribí en un prólogo al segundo libro de Victoria, *El mar ese oscuro porvenir* (2002), lo siguiente: «Yo no sé si Victoria Guerrero le tiene miedo a algo pero sí sé que aúlla. Sospecho que sólo le tiene un poquito de miedo a la franja ancha de distancia que la separa de los que ama...». ¿Es este libro esa exhalación del miedo convertido en signos por la urgencia de ponerlo afuera del cuerpo? No puedo saberlo, pero es lícito por lo menos preguntarlo. Puesto que lo verdaderamente sobrecogedor de *Y la muerte no tendrá dominio* es cuando, al final, encontramos unas indicaciones gráficas en blanco sobre negro de cómo desollar a un conejo poco a poco, en episodios, lentamente: en un primer momento uno puede confundir al conejo desollado con unos ovarios.